



Contraste y comparación de la Ciencia Política frente a un caso particular

Primera Parte*

*Luis Miguel Obando Tobón**

Resumen

En esta primera parte del artículo se pretende describir y analizar la institucionalización de la ciencia política en Europa y Estados Unidos desde su nacimiento en el siglo XIX hasta su consolidación en la primera mitad del siglo XX, con el propósito de hacer una comparación de la disciplina en la Universidad de Antioquia, la cual, dentro de dicha institución, ha asimilado y rechazado ciertos procesos, paradigmas, teorías y debates del proceso de institucionalización de la disciplina en el ámbito europeo y estadounidense.

Palabras claves: Institucionalización; Ciencia Política; Paradigmas; Interdisciplinariedad; Universidad de Antioquia.

* Este artículo es una parte del trabajo de grado para optar al título de politólogo “La Institucionalización de la Ciencia Política en la Universidad de Antioquia: Actores, Procesos, Logros y Retos para el Futuro”.

** Politólogo de la Universidad de Antioquia. luis.obando89216@gmail.com

Contrast and comparison of political science against a particular case. First Part

Summary

The purpose of this first part of the article is to describe and analyze the institutionalization of political science in Europe and The United States from its beginning in the nineteenth (XIX) century up to its consolidation in the first half of the twentieth (XX) century in order to make a comparison of the discipline in the “Universidad de Antioquia”, which, within the institution, has assimilated and rejected certain processes, paradigms, theories and debates of the institutionalization of the discipline process in the European and American environment.

Keywords: Institutionalization; Political Science; Paradigms; Interdisciplinarity; “Universidad de Antioquia”.

1. Introducción

El propósito de este artículo es analizar la institucionalización de la ciencia política en la Universidad de Antioquia, mostrando que es un proceso discontinuo, complejo y contradictorio. Para abordarlo, se tomó como punto de inflexión la construcción del pregrado en Ciencia Política de la Universidad, pues refleja un grado de maduración de la disciplina dentro de la misma, ya que, anteriormente, existían acercamientos a los problemas políticos desde las diversas disciplinas sociales, especialmente desde la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y el Instituto de Estudios Políticos. Estos antecedentes permitieron lograr un acumulado de estudios sobre la política que terminaron creando la necesidad, debido a su maduración, de un pregrado en ciencia política dentro de la Universidad.

Por supuesto, la construcción de la ciencia política en la Universidad de Antioquia ha estado inmersa en las diferentes crisis sociales, políticas y económicas que se han dado a nivel mundial, nacional y local, las cuales han tenido su correlato en las diversas y acumulativas crisis de la Universidad y por ende de la academia, la ciencia y las disciplinas. Reconocer el contexto social y político dentro del cual surgió el ambiente académico e intelectual para enseñar y difundir la ciencia política permite enmarcar los procesos teóricos y metodológicos con los contenidos sociales y políticos, y su relación con la consolidación de la disciplina en el ámbito institucional.

La ciencia política en la Universidad de Antioquia –y en Colombia– es una disciplina joven, en construcción, por lo que se hace necesario poner el debate de la institucionalización en un escenario de contraste y comparación con Europa y Estados Unidos, pues allí, la institucionalización de la disciplina se remonta al siglo XIX, por lo que ha podido obtener mayor construcción, estabilidad y progreso. Hacer esta comparación permitirá reconocer las especificidades de la ciencia política en la Universidad de Antioquia, logrando ver cómo ha absorbido, rechazado o criticado la forma en que se construyó la disciplina en otros continentes. Por esto, se ha dividido el artículo en dos partes o entregas. En la primera, se abordará el desarrollo e institucionalización de la disciplina en Europa y Estados Unidos con el fin de mostrar el impacto que tuvo dicha consolidación sobre el proceso de creación e institucionalización de la ciencia política en la Universidad de Antioquia. En la segunda, se describirá y analizará desde los inicios hasta la consolidación de la disciplina en la Universidad de Antioquia, lo cual va desde su aparición en la

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas hasta su consolidación como disciplina autónoma en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas (pregrado en ciencia política) y el Instituto de Estudios Políticos.

2. Los inicios de la disciplina durante el siglo XIX

La historia del surgimiento de la ciencia política se remonta a un debate del siglo XIX en el cual se empiezan a delimitar sus fronteras disciplinares con las demás ciencias sociales nacientes. Allí se comienza a resquebrajar la unidad de las ciencias –que estaba sustentada en la filosofía, la epistemología y las ciencias naturales (primordialmente)¹ –, lo cual permitió a las ciencias modernas ahondar en sus objetos de estudio, sus diferencias conceptuales y sus métodos.

En este debate, que permitió la institucionalización de las ciencias sociales, fue necesario hacer una diferenciación en la estructura universitaria, que para el momento (1789) solo contaba con cuatro facultades: teología, filosofía, derecho y medicina, lo cual se dio en el transcurso del siglo XIX mediante la creación de cátedras que fueron precursoras de lo que luego se denominaría departamentos (Wallerstein: 2004). Para finales del siglo y principalmente a principios del XX cinco disciplinas se institucionalizaron dentro del sistema universitario: la economía, la sociología, la historia, la antropología y la ciencia política.

Para Wallerstein, esta división de la labor intelectual fue reflejo del triunfo de la ideología liberal, pues implicaba la delimitación del

proceso social en tres esferas: el mercado, el individuo y el Estado. El estudio de estas esferas independientes recibió el nombre de economía, sociología y ciencia política, de las cuales, esta última fue la que más se demoró en ser aceptada debido a una vieja disputa entre las facultades de derecho y filosofía a renunciar al dominio de este campo, por lo que, para institucionalizarla como una disciplina separada se tuvo que recurrir a un objetivo posterior: “el de legitimar a la economía como disciplina separada. La economía política había sido rechazada como tema con el argumento de que el estado y el mercado operaban y debían operar según lógicas distintas. Y esta lógicamente requería, como garantía a largo plazo, el establecimiento de un estudio científico separado del espacio político” (2007: 23). En este contexto, la ciencia política se apartó del análisis de las leyes debido a que la jurisprudencia era vista con una carga muy normativa y poco empírica, dando un giro hacia el análisis del comportamiento político, dentro del cual podrían establecer leyes científicas.

En ese despliegue y esfuerzo de las disciplinas por institucionalizarse se recurrió a la manera en que las ciencias naturales producían sus logros, es decir, se convirtieron en ciencias empíricas con una fuerte pretensión de ciencias aplicadas. Esto no solo respondía a una necesidad de consolidarse científicamente en la estructura universitaria y a nivel mundial, sino que había un fenómeno transversal en este proceso y era la manera de hacer ciencia que predominaba en la época, la cual estaba construida bajo dos premisas: el modelo newtoniano dentro del cual se podía alcanzar certezas debido a que existía una simetría entre el pasado y el futuro, permitiendo coexistir en un presente eterno; y el dualismo cartesiano basado en una distinción fundamental entre naturaleza/humano, materia/mente y mundo físico/mundo social (Wallerstein:2007).

Este proceso, que lo ha expuesto Wallerstein (2007) en su libro *Abrir las ciencias socia-*

1 Hay que recordar que en el siglo XVIII se da un avance grandísimo en las ciencias naturales, las cuales van a tener profundas incidencias en el desarrollo de las ciencias sociales. Una muestra peculiar de esto es que, en el libro de Ernst Cassirer intitulado *Filosofía de la Ilustración*, el principal protagonista es Newton.

les, dio paso a la consolidación de lo que él denomina “*las dos culturas*” dentro de las cuales se sustentaron las ciencias sociales y humanas: la ideográfica y la nomotética. Las disciplinas orientadas bajo la cultura nomotética –economía, sociología y ciencia política– segmentaban, para su estudio, la realidad humana con el propósito de analizarla bajo métodos científicos estrictos que pueden ser explicados de la siguiente manera: formular hipótesis derivadas de la teoría con la pretensión de ser probadas con los datos de la realidad, los cuales eran obtenidos a través de procedimientos cuantitativos. Su pretensión era poder formular, a partir de estos métodos, leyes generales que los científicos sociales creían que gobernaban el comportamiento humano; por su parte, las disciplinas ideográficas –la historia principalmente– se centraban más en lo micro, en lo específico, en lo particular y, recibían críticas de las ciencias nomotéticas puesto que eran vistas como disciplinas especulativas que inventaban o intuían la realidad.

A partir de este debate entre lo ideográfico y lo nomotético, las ciencias sociales se vieron obligadas a enfocar los terrenos de cada disciplina a través de lo que las diferenciaba (principalmente de la historia ideográfica, pero también de las otras ciencias nomotéticas) tanto metodológicamente como en su objeto de estudio, hasta el punto de crear barreras infranqueables y una “erudición sin sentido o miopía de las ciencias crecientemente positivizadas” que las convirtió en ciencias de la “autosatisfacción” (Gómez: 2003; 33). Esto responde a los paradigmas que se venían consolidando a lo largo del siglo XIX y que tuvieron su mayor alcance en el siglo XX: el positivismo (primordialmente) y el marxismo.

Antes de mirar la evolución de las ciencias sociales (en especial la ciencia política) y la de los paradigmas nombrados, conviene señalar algo importante del proceso de institucionalización de las disciplinas en el siglo XIX, pues este solo tuvo lugar en Gran Bretaña, Francia,

las Alemanias, las Italías y Estados Unidos, principalmente porque eran países los que contaban con universidades de prestigio internacional y con estudiosos del tema, por lo que sus producciones se centraban en los procesos de dichos países (Wallerstein: 2007), convirtiéndose en ciencias euro centristas que desconocían –o mejor, no les interesaba– el resto del mundo por no ser este “civilizado” y carecer de “cultura” e industrialización.

3. La consolidación de la disciplina y del positivismo durante el siglo XX

La institucionalización de las ciencias –que se había iniciado desde la primera mitad del siglo XIX– contó con un proceso que empezó por establecer cátedras, luego departamentos que ofrecían cursos y por último títulos en la disciplina escogida, lo cual, para 1914, se vio reflejado en el triunfo consensuado de algunas de ellas en torno al debate nomotético-ideográfico: la economía, la sociología, la ciencia política, la antropología y la historia. Sin embargo, vieron su mayor afianzamiento a nivel mundial, internacional² y universitario para 1945, debido a varias razones.

Por un lado, la institucionalización de la enseñanza de las ciencias en las universidades tuvo un acompañamiento paralelo de la insti-

2 En Colombia, la disciplina entra al sistema universitario en 1968, más específicamente, a la Universidad de los Andes. Su mayor apogeo en la estructura universitaria se va a dar en los años noventa. El hecho de que haya entrado al sistema universitario en la década del 60, momento en el que se llevaba a cabo el plan Atcon, implica que estuvo presente en un momento en el que se da el tránsito de un modelo confesional de universidad a uno liberal que aplica el positivismo. Por supuesto, la Universidades en Colombia aún no han logrado apartarse del todo del modelo confesional, por lo cual, la forma de hacer ciencia se parece más a un dogma que a una construcción académica. Para mayor profundidad véase: Gutiérrez Girardot, Rafael. Universidad y Sociedad: En: Jaramillo Vélez, Rubén. *Argumentos: Universidad y Sociedad*. Bogotá, 1986.

tucionalización de la investigación a través del nacimiento de publicaciones y revistas especializadas en cada disciplina, lo cual ayudó a regular el campo de estudio. De igual forma, estos dos procesos eran concomitantes con la consolidación de estudiosos –a nivel nacional e internacional– en cada disciplina y, con el aumento de colecciones disciplinares en las bibliotecas.

De otro lado, los paradigmas científicos –positivismo y marxismo– que como ya se ha explicado, se venían desarrollando desde el siglo XIX –herederos sin lugar a dudas de la ilustración–, vieron su mayor auge desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial por varios motivos: el interés por aprehender la realidad hizo que se avanzara en técnicas complejas de recolección de datos como encuestas, entrevistas y, principalmente, la estadística, las cuales, con la introducción de los computadores, permitieron enunciar sus hallazgos de forma empírica y verificable –esto tuvo influencia en las ciencias sociales al permitirles acercarse más a esa pretensión de ciencias duras, como las naturales–; de igual manera, es importante el papel que desempeñó la ciencia durante y para las dos guerras mundiales –piénsese en la bomba atómica, el desarrollo del radar, el armamento, etc.–; otro factor importante fue la transformación de las universidades norteamericanas, tanto por su expansión como por el número de personas dedicadas a la investigación. Por último, un factor clave en este proceso, fue que Estados Unidos se había convertido en potencia y, en un ambiente de guerra fría, se ponían todos los recursos en función de la ciencia para mantener una competencia equitativa con la Unión Soviética (Bell: 1984). En este fortalecimiento, el positivismo penetró³ “tanto los enfoques macro como los micro, los empiristas como los deductivistas,

tanto las perspectivas legitimadoras como las críticas” (Girola: 1992; 3).

El presupuesto del positivismo es un modelo naturalista de la sociedad, la cual se piensa igual que la naturaleza, es decir, gobernada por leyes. Esta creencia viene desde Comte, el cual afirmaba que “todos los fenómenos están sometidos a leyes naturales invariables” (Bell: 1984; 12). Con estos presupuestos, se pretendía que las ciencias sociales, a través de la cuantificación, pudieran llegar a la predicción, para lo cual era de vital importancia hacer una separación tajante entre juicios de hecho y juicios de valor, ya que para el positivismo la realidad es externa y objetiva.

Tanto doctrinal como metodológicamente, positivismo y marxismo han sido, en los últimos ciento cincuenta años, los paradigmas dominantes en las ciencias sociales. Las concepciones de la sociedad que sostuvieron Comte y Marx tienen la misma ambición respecto del conocimiento científico de la misma, su diferencia, para Miguel Caminal Badía, está en su teleología, es decir, su objetivo científico de descubrir leyes de causalidad tiene un horizonte distinto: “mientras el positivismo tiene como objeto final la causalidad que explica la estructura y funcionamiento de una sociedad determinada, el marxismo sitúa esta causalidad en el contexto más general del proceso histórico, poniendo como cuestión final la transformación y el cambio social” (Caminal: 1996; 20). Ambas teorías, que siempre se han presentado como antagónicas, en muchos aspectos se semejan y complementan: su nacimiento y desarrollo se da en sociedades industriales, tienen una idea similar de progreso, son euro centristas y, mantienen una confianza en la razón y la modernidad.

En este ambiente, las ciencias sociales, en especial las nomotéticas –economía, ciencia política y sociología – terminaron de afianzar sus métodos cuantitativos de investigación y se apoyaron, más que nunca, en el presupuesto

3 Muchos marxistas terminaron recurriendo a la seguridad científica que da el positivismo. Véase: Adorno, Theodor et al. *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1973.

del determinismo del universo social. Como lo advierte Wallerstein, “el objeto de las ciencias sociales, dijeron los científicos una y otra vez, es descubrir leyes de alcance universal afines a las formuladas en física” (Wallerstein: 2005; 40). Por lo que respecta a la ciencia política en particular, es en este periodo (1945) donde nace la conocida revolución conductista, la cual, en un ambiente de desafíos y promesas para la disciplina, recurrió a plantear el problema del método para afirmar la autonomía de la misma, es decir, se preguntó por las formas idóneas de recoger la información que permitieran hacer generalizaciones y explicaciones.

En el conductismo, es de vital importancia los aportes de David Easton, el cual buscó los elementos que hicieran lo más científico posible el análisis de la política. Para dicho propósito, el encuentro con el comportamentismo, teoría nacida y desarrollada en la psicología, pero que en política se caracteriza por observar y analizar los comportamientos de los actores políticos —empleando técnicas cuantitativas como entrevistas, sondeos de opinión, simulaciones, etc. — fue de vital importancia ya que, para dicho autor “era por este camino que el análisis de la política puede aproximarse a ser ciencia” (Pasquino: 1988; 19).

Para Pasquino, en esta etapa concreta de la disciplina, se puede hablar de una ruptura epistemológica, debido a que la aplicación de los nuevos principios acercó a la disciplina a un grado de científicidad que era desconocido hasta el momento, lo cual, en parte, se debía a la utilización de las nuevas técnicas e instrumentos y a que los científicos políticos hicieron hincapié “en la elaboración de hipótesis, en la recogida de datos, en la formulación de explicaciones: una necesidad más intensa de científicidad” (Pasquino: 1988; 20).

El momento más acabado desde que las ciencias nomotéticas emprendieron sus propósitos había llegado y, en él, la ciencia tenía objetivos concretos, entre los principales: 1) descubrir regularidades en los comportamientos

políticos para expresarlas en generalizaciones o teorías explicativas y predictivas; 2) someter a verificación las generalizaciones, es decir, confrontarlas con comportamientos similares para darle un criterio de veracidad a la explicación; 3) construir rigurosas técnicas de observación, registro e interpretación de los datos; 4) cuantificar los fenómenos para obtener mayor precisión; 5) hacer una separación radical entre valores y hechos, ya que la ciencia empírica debe concentrarse en identificar, describir y analizar lo existente para lograr el objetivo de una ciencia pura; 6) sistematizar los conocimientos a través de una relación estrecha entre teoría e investigación para evitar que la primera sea improductiva al no sostenerse en datos y la segunda insignificante al no estar guiada por la teoría (Pasquino: 1988).

Esta batalla por introducir técnicas cuantitativas que permitieran medir fenómenos políticos parecía ganada (1850–1945), sobre todo, porque en el medio académico se empezó a nombrar como precientífico a todos los estudios que antes se habían realizado sobre la política por no contar estos con unos métodos que cumplieran las condiciones establecidas por el conductismo.

Sin embargo, en el mismo instante en que las ciencias sociales parecían estar plenamente institucionalizadas en la estructura universitaria y claramente delineadas, las prácticas de los científicos sociales empezaron a cambiar, lo cual avizoraba la posibilidad de una brecha entre las prácticas y las posiciones de los científicos sociales y, por otro lado, en las organizaciones formales de las ciencias sociales (Wallerstein: 2007).

4. La crisis de los paradigmas y el cambio en las ciencias sociales

El siglo XX fue de guerras y revoluciones, en las cuales, la violencia fue un denominador común (Arendt: 2012). Las dos guerras mundiales habían mostrado que la realidad era

muy distinta a ese progreso acumulativo que el positivismo enarbolaba, que los seres humanos, y con ellos las sociedades que construyen, son conflictivas, dinámicas, impredecibles, cuestionando así el propósito positivista de poder encasillar los comportamientos en leyes universales.

Para Wallerstein (2007), después de 1945, se dan tres procesos cruciales que afectan la estructura de las ciencias sociales constituida a la largo del siglo XIX. El primero tiene que ver con el cambio de la estructura política del mundo: el fin de la Segunda Guerra Mundial, que había hecho crecer a Estados Unidos con una gran fuerza económica, había introducido dos realidades geopolíticas nuevas: la guerra fría y la reafirmación de los pueblos no europeos del mundo. Allí, como lo advierte Rafael Rubiano⁴, se da un giro del eurocentrismo hacia los países periféricos, lo cual hace que, por un lado, los paradigmas dominantes entren en crisis y, por otro, que la antropología y la ciencia política tomen fuerza. La primera debido a que es vital para entender las sociedades descentradas y culturalmente diversas, las cuales serían, en ese momento histórico preciso –y para muchos aún hoy– Asia, África y América Latina. Estos pueblos tenían estructuras sociales muy distintas a la experiencia europea: eran pequeños, no tenían archivos ni documentos escritos, poseían una religión sin alcance geográfico y eran, en relación con la tecnología europea, militarmente débiles (Wallerstein: 2007); la segunda, porque en esa reconfiguración de los estados nacionales, el problema del poder transnacional, de las soberanías transnacionales, adquiere una relevancia significativa, lo cual se va a institucionalizar mediante la diplomacia y con la creación de grupos académicos y de investigación con la pretensión de operar colonialmente en las sociedades. En este proceso de reorganización mundial –1945/1989– el problema de la ciencia política, siguiendo a Rubiano, va a ser institucional

en dos sentidos: por un lado, tiene que ampliar la construcción de la comunidad científica y por otro, preocuparse por un problema fundamental para la disciplina, que es el de la estabilidad y el cambio, pero centrado en las instituciones: Estado o gobierno (Rubiano: 2012).

La importancia de esto, continuando con Wallerstein y Rubiano, radica en que, tanto la pretensión institucional de la ciencia política como la reivindicación de los pueblos no europeos va a desagregar la noción de ciencia universalista positivista –traída del siglo XIX y reforzada en el XX– porque ya las temporalidades son diversas, con realidades muy específicas, dándose fenómenos particulares o mixtos. Hay un paso de lo universal a lo particular, lo cual es un “cuestionamiento de muchos supuestos de las ciencias sociales, en razón de que reflejaban las tendencias políticas de una era que ya había terminado, o que por lo menos estaba por terminar” (Wallerstein: 2007; 38).

La crisis de los paradigmas⁵ dominantes no era solo producto de su pretensión de explicación totalizadora y única de los procesos histórico-sociales, sino que también se debía a su insuficiencia pues sus promesas no habían sido cumplidas: aunque la ciencia se había sofisticado en sus elaboraciones matemáticas –sobre todo a partir de la estadística– no era capaz de abordar la realidad socioeconómica, la cual se hacía cada día más compleja; por otro lado, los avances que habían permitido la estadística y su sistematización con los computadores ya estaban muy suavizados, lo cual no les permi-

4 Entrevista realizada en julio del 2012.

5 Luego de la Primera Guerra Mundial el positivismo ya había empezado a recibir críticas, para este caso concreto, de parte de la Escuela de Francfort, la cual elaboró una teoría crítica en oposición al positivismo y su consecuencia: la dialéctica negativa, que se hacía manifiesta en el énfasis del egoísmo y el individualismo y, en un entendimiento acrítico de la idea de progreso que venía desde la Ilustración. Véase: Jay, Martin. *La imaginación dialéctica*. Taurus, 1984.

tía hacer aportes nuevos. Las ciencias sociales mostraron que sus premisas eran muy simplistas y que lo cultural (para el caso específico de la antropología) no podía ser abordado holísticamente (Bell: 1984).

En esta coyuntura específica se empiezan a revalorar corrientes teóricas que habían quedado relegadas por la supremacía de los paradigmas dominantes y aparecen los estudios de área y los estudios culturales, los cuales ponen en tela de juicio “una dosis considerable de artificialidad en las nítidas separaciones institucionales del conocimiento de las ciencias sociales” (Wallerstein: 2007; 42). Es aquí donde la interdisciplinariedad empieza a tomar fuerza y, para los sesenta, tiene el firme propósito de romper “el cerco de los feudos de las ciencias individuales” (Gómez: 2003; 32) para poner a dialogar las diferentes ciencias con el propósito de responder a dos procesos no siempre concomitantes: 1) la complejización de la vida sociocultural de las sociedades, lo cual ha hecho que las disciplinas renueven continuamente sus paradigmas, teorías y métodos, y su forma de articularlos; 2) todo lo anterior se puede sintetizar observando que, responde a procesos inherentes de las disciplinas entroncadas epistemológicamente en un objeto, lo cual los lleva a una articulación y cooperación (Nieto: 2003), como lo sucedido en particular a la ciencia política, la cual comparte la política –que es su objeto primordial–, con otras disciplinas que de igual manera investigan y analizan el mundo de la política.

El segundo proceso que afecta la estructura decimonónica de las ciencias sociales es la expansión desenfrenada de la población y de la capacidad productiva en los veinticinco años siguientes a 1945, reflejándose en el crecimiento exponencial de todas las actividades humanas. Como lo advierte Eric Hobsbawm, el cambio más drástico en estos años fue la muerte del campesinado y el crecimiento de los obreros, lo cual trajo consigo la industrialización del resto de los países europeos y el

deterioro del mundo rural (Hobsbawm: 2009; 292). Las ciencias sociales, que se habían institucionalizado alrededor de sociedades muy distintas, se vieron obligadas a replantearse aspectos cruciales para poder aprehender los cambios de la realidad social.

El tercero proceso, consecuencia del anterior, fue la expansión del sistema universitario a nivel mundial, trayendo consigo el crecimiento del número de científicos sociales, lo cual originó una presión social por el aumento de la especialización para poder definir su utilidad social y originalidad, sustentada en los recursos que proporcionaba la expansión económica. Sin embargo, esto tuvo respuesta inmediata, ya que se estimularon intromisiones recíprocas de los científicos sociales en los diferentes campos disciplinarios “ignorando en este proceso las varias legitimaciones que cada una de las ciencias sociales había erigido para justificar sus especificidades como reinos reservados” (Wallerstein: 2007; 38).

Este proceso expansionista de la universidad⁶ no tuvo problemas mientras seguía la bonanza económica (1945–1970) puesto que permitía conseguir fondos, pero una vez decayó, las universidades se vieron en el problema de no poseer recursos financieros (estatales) para sostener un estudiantado en aumento constante. Las consecuencias han sido desfavorables, no solo en lo que Wallerstein denomina la secundarización de la educación universitaria –exigencia del gobierno y autoridades administrativas para que los profesores dicten más horas de clase con cursos numerosos–, sino que, para un momento en que se estaba dando el derrumbe de los límites disciplinares a ultranza, era necesario contar con inversiones importantes como departamentos o institutos (Wallerstein: 2005).

6 La referencia es al ámbito europeo y norteamericano, no al colombiano.

Estas tres realidades le plantearon problemas a las ciencias sociales tal como habían sido institucionalizadas históricamente. Las líneas divisorias de las ciencias sociales del siglo XIX eran: el estudio del mundo moderno, dividido en el pasado (historia) y el presente (ciencia política, sociología y economía, estudiando el Estado, la sociedad civil y el mercado, respectivamente) y, el estudio del mundo no moderno (antropología y estudios orientales), líneas que vinieron a ser cuestionadas luego del 1945. De igual manera, las consecuencias de los cambios sociales llevaron a poner en tela de juicio la utilidad y realidad de la distinción entre lo ideográfico y lo nomotético, la distinción entre las ciencias sociales y, revelaron el carácter parroquial que se había heredado de dicha institucionalización decimonónica (Wallerstein: 2007). La importancia de esto radica en que el final del siglo XX y la entrada al XXI era de incertidumbre sobre la legitimidad epistemológica de las líneas divisorias decimonónicas de las ciencias sociales, las cuales no fueron cuestionadas por más de dos siglos.

Sin embargo, el trabajo de cuestionar la forma de hacer ciencia durante dos siglos no es fácil, sobre todo porque muchas veces, sin darnos cuenta, los paradigmas decimonónicos siguen anclados en nuestro pensamiento, por lo cual, la invitación de Wallerstein es que “además de repensar –algo que es “normal”– las ciencias sociales del siglo XIX, creo que necesitamos “impensarlas” debido a que muchas de sus suposiciones –engañosas y constrictivas, desde mi punto de vista– están demasiado arraigadas en nuestra mentalidad” (Wallerstein: 2004; 3).

5. Influencias para la ciencia política en la Universidad de Antioquia

La entrada, de la ciencia política como disciplina autónoma, a Colombia –primero a la universidad privada, luego a la pública– responde

en cierta medida, a los cambios mencionados anteriormente, es decir, su proceso –aún vigente– de institucionalización responde a tres circunstancias: “a una transformación de orden histórico, a una crisis paradigmática y a una realidad que exige un cambio en la percepción de la investigación y la constitución de la ciencia” (Rubiano: 2012)⁷. La incidencia de este proceso histórico va a tener matices en las universidades que ofrecen estudios en la disciplina, ya sea como pregrado, especialización o maestría.

Por lo que respecta a la disciplina dentro de la Universidad de Antioquia, no obvia los procesos que llevaron a una crítica de la construcción de las ciencias durante el siglo XIX y XX. Por esto, se podría decir que la intención al hacer un esfuerzo por institucionalizar la ciencia política dentro de la Universidad de Antioquia siempre ha estado apartándose del cientificismo, entendido, en los términos de Wallerstein, como la construcción de una ciencia “desinteresada y extrasocial, que sus enunciados de verdad se sostienen por sí mismo sin apoyarse en afirmaciones filosóficas más generales y que la ciencia representa la única forma legítima de saber” (Wallerstein: 2005; 19). La construcción de la ciencia política en la Universidad de Antioquia ha tenido como propósito, tanto en la maestría del Instituto de Estudios Políticos como en el pregrado de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, un esfuerzo interdisciplinario que permita responder mejor al proceso de institucionalización de la disciplina y que, por otro lado, cree un nudo más fuerte entre el nexo universidad –sociedad y docencia– investigación.

La disciplina dentro de la Universidad de Antioquia reconoce que, en parte, la victoria de la ciencia positivista fue excesiva y, por esto, la propuesta a la hora de la creación del Instituto, la maestría o el pregrado, no ha sido

7 Entrevista realizada en julio del 2012.

enmarcarse en un paradigma específico de las ciencias sociales, ni en una metodología única, sino que, al entender que las disciplinas están abiertas a cambios, discusiones, debates, crisis, etc., se necesita, más que nunca, una conjunción de metodologías y paradigmas que permitan construir una ciencia que responda mejor a las problemáticas de la realidad del país, que dista mucho de ser la misma de la Europa decimonónica en la que se institucionalizaron las ciencias sociales. En este punto se hace necesario hacer una claridad, y es que en Colombia –y en toda América Latina–, el paradigma positivista ha llegado de manera muy tenue, es decir, no ha tenido la fuerza, el desarrollo y el impacto que tuvo y sigue teniendo en Europa y Estados Unidos, lo cual constituye una disyuntiva a la hora de criticar el positivismo, puesto que este alejamiento o crítica se ha dado sin vivirlo realmente, sin conocerlo, sin agotarlo e incluso sin comprenderlo. Esta problemática refleja la distancia que hay entre el tiempo y la producción científica en Colombia, lo cual lo advirtió Alfonso Reyes en 1936 en su conferencia “Notas sobre la Inteligencia Americana”, al decir:

“Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado el tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia” (Reyes: 2012).

Esta problemática va a tener implicaciones sobre la manera en la que se ha desarrollado la

disciplina en la Universidad, en la falta de debates epistemológicos alrededor de la ciencia política y en la no configuración de escuelas que permitan enriquecer el desarrollo de la disciplina. Todo este proceso –conflictivo, contradictorio, pero también satisfactorio– será abordado en la segunda parte de este artículo.

Bibliografía

- Arendt, Hannah (2012). *Sobre la violencia*. Alianza Editorial.
- Badía Caminal, Miguel (1996). *Introducción: la política como ciencia*. En: Badía Caminal, Miguel. Manual de ciencia política. España: Tecnos.
- Bell, Daniel (1984). *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*. España: Alianza Editorial.
- Girola, Lidia (1992). *Desafíos teóricos después de la crisis*. En: Revista de sociología Universidad Autónoma Metropolitana, vol. 7, N° 20, septiembre-diciembre.
- Gómez, Juan Guillermo (2003). *Presentación*. En: La interdisciplinariedad en las ciencias sociales, Colciencias, Medellín.
- _____ (2003). *La interdisciplinariedad en las ciencias sociales: una aproximación al tema*. En: La interdisciplinariedad en las ciencias sociales, Colciencias, Medellín.
- Hobsbawm, Eric (2009). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Nieto, Jaime Rafael (2003). *La interdisciplinariedad de las ciencias sociales y los desafíos para la universidad*. En: Gómez, Juan Guillermo (Editor). La interdisciplinariedad en las ciencias sociales, Colciencias, Medellín.
- Pasquino, Gianfranco (1988). *Capítulo 1: Naturaleza y evolución de la disciplina*. En: Pasquino, Gianfranco. Manual de ciencia política. España: Alianza Editorial.
- Wallerstein, Immanuel (2004). *Impensar las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores.
- _____ (2007). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores.
- _____ (2005). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa Editorial.